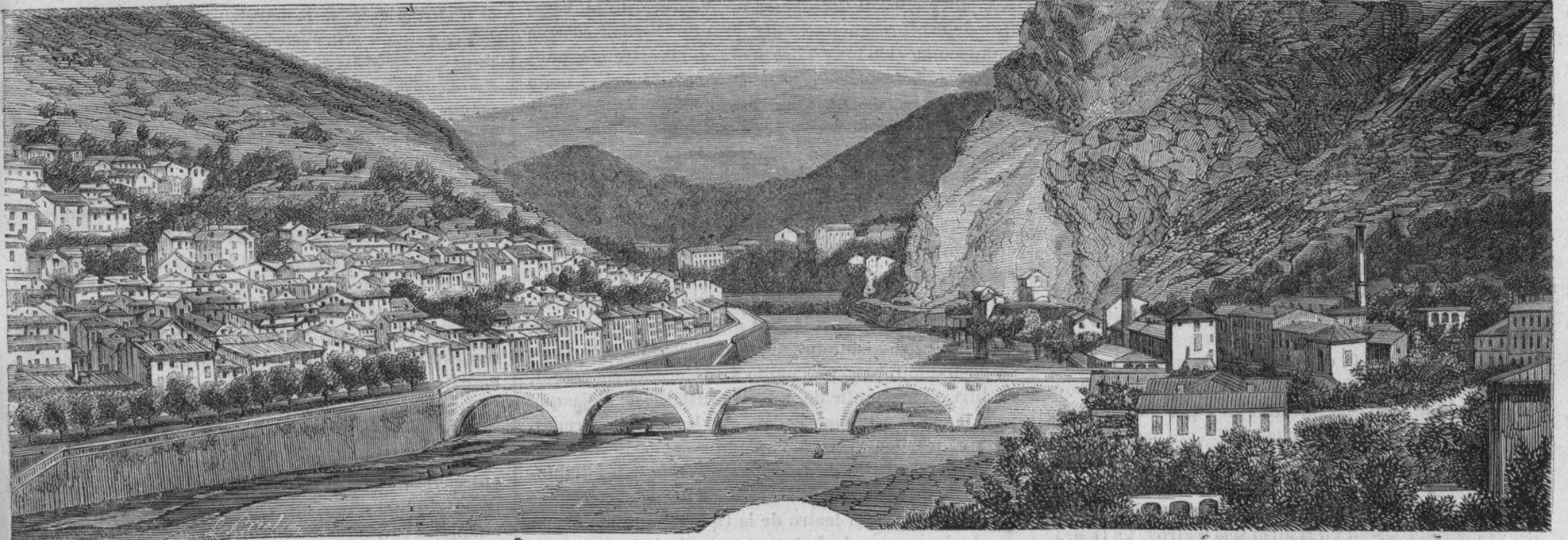


El Periódico ilustrado.



Año II.—Número 43.
DEL 11 AL 18 DE FEBRERO DE 1866.

ADMINISTRACION Y REDACCION. CARRETAS, 8, 2.º

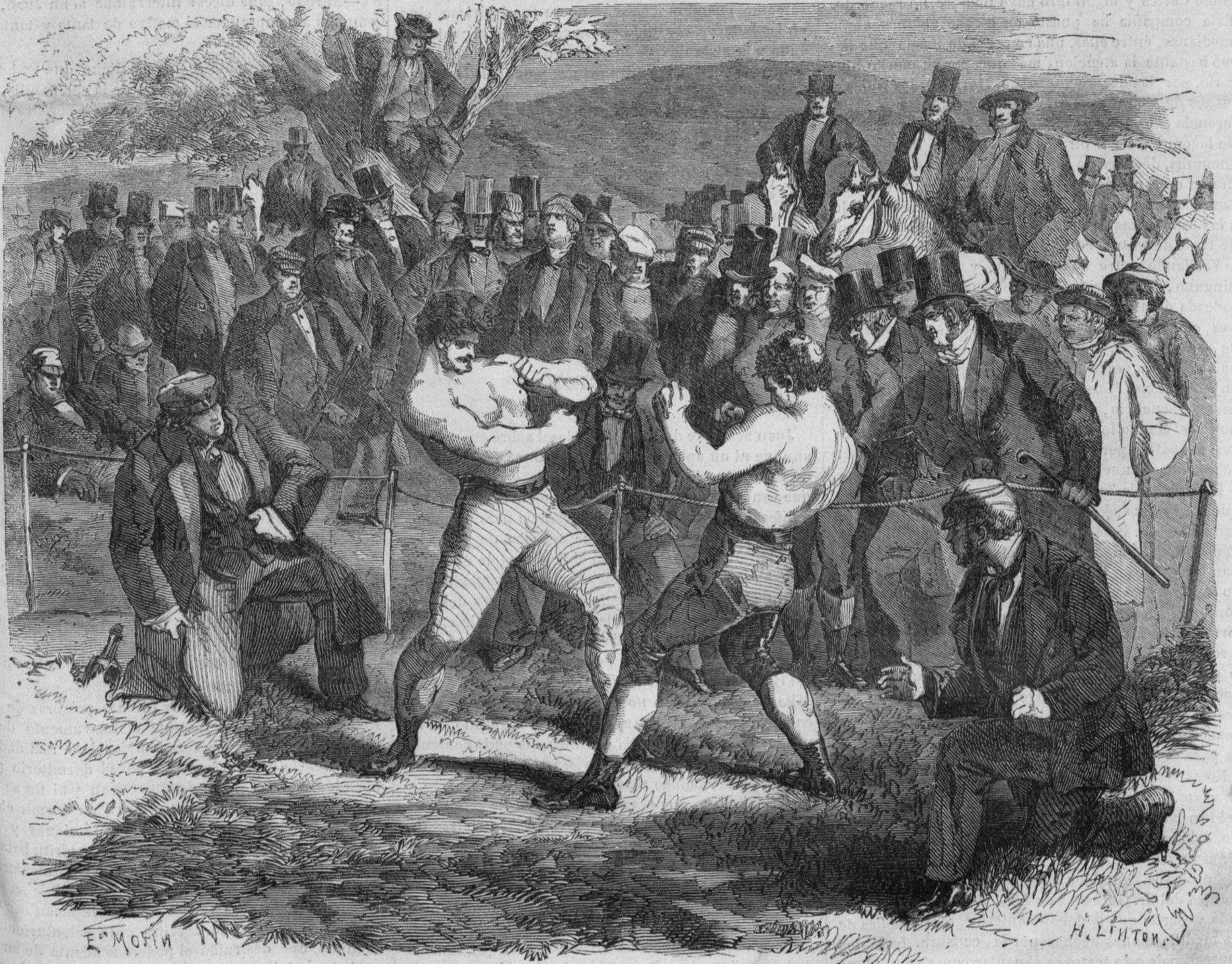
SUMARIO.—Revista de la semana, por Palacio.—El suicidio, por F. M. y Ruiz.—Uno de tantos, por P. F. Reymundo.—Costumbres inglesas, por B.—Aduze.—Para un album, por Blasco.—La fiesta de Navidad en los tiempos antiguos.—Lord Jhon Rusell.—Tu nombre, por E G. Ladenese.

LÁMINAS: Aduze.—Costumbres inglesas.—La fiesta de Navidad en los tiempos antiguos.—Lord Jhon Rusell.



EL PERIÓDICO ILUSTRADO APARECERÁ CADA SEMANA.

Precios de suscripcion.		UN NÚMERO
Madrid. . .	Un año 24 rs.—Seis meses 12 rs.	} 4 cuartos en MADRID. } 3 cuartos en PROVINCIAS.
Provincias.	Un año 28 » —Seis meses 14 »	
Ultramar. .	Un año 60 » —Seis meses 50 »	



COSTUMBRES INGLESAS.—LOS BOXEADORES.

REVISTA DE LA SEMANA.

Animado por un hermoso día de primavera, y codicioso de volver á contemplar mis queridas alamedas del Retiro, mucho más gratas para mí que las Delicias de Sevilla, los pinares de Chiclana, y las soledades del Océano, salí de paseo una de estas últimas tardes, acompañado de mi amigo Emilio, el poeta triste, como yo le llamo, y al que quiero mucho, aunque no tanto como él quiere á su perra.

Nada más natural cuando uno ha estado ausente algún tiempo de la sociedad en que vive, y de los círculos que frecuenta, que reanudar la crónica de los sucesos, y averiguar las mudanzas sufridas, hoy sobre todo, que bastan algunas horas para volver, como suele decirse, lo de arriba abajo.

Esto es lo que yo hice, y mi amigo comprendió mi intención, cuando me dijo, respondiendo anticipadamente á mis preguntas:

—Sí, chico, sí, te contaré todo lo que quieras, y con eso nuestro paseo será más largo y más entretenido. Solo te pido que me indiques por dónde debo empezar.

—Dime algo de lo que ha ocurrido en nuestros teatros.

—Ante todo, permíteme que te los nombre según su categoría. Existen en Madrid seis teatros. La Opera, el Príncipe, el Circo, la Zarzuela, Variedades y Novedades. Empezaré, pues, á revistarlos por su orden.

—Nada de eso, Emilio; aborrezco las categorías, sobre todo, desde que he leído en un pasaje de la Biblia que los primeros serán los últimos.

—Entonces, seguiremos el consejo de la Biblia principiando por Novedades. Ha actuado en este teatro durante tu ausencia, una compañía que hubiera sido muy mala, á no figurar en ella Felipa Díaz que, á pesar de su amaneramiento tiene excelentes condiciones de actriz, y algunos, aunque pocos actores, como Cortés y algún otro cuyo nombre no recuerdo. Esta compañía ha puesto en escena algunas obras medianas, entre ellas, una comedia de magia que llamó bastante la atención, más que por su mérito literario, por las decoraciones de Muriel y los trajes y juegos de maquinaria que eran buenos. Pero la indiferencia del público por un lado, y la falta de recursos de la empresa por otro, han sido causa de que ésta sucumba, después de haber hecho algunas noches un drama de espectáculo, titulado *Jack Spard*, arreglo de *Los caballeros de la Niebla*, y que no ha correspondido á las esperanzas de su autor, que por lo visto entiende tanto de teatros como de gramática.

Vacilando entre dos idiomas, y sin decidirse por ninguno, la señorita Civilí continúa en Variedades rodeada de una pequeña *troupe* de españoles é italianos, con los cuales representa las obras más notables de su repertorio, y otras originales en cuya elección ha sido pocas veces afortunada. Veremos si lo es más en *Doña Leonor Pimentel*, drama que parece ha elegido para su beneficio, y del cual corren muy agradables noticias. Mucho lo celebraremos, pues tenemos grandes simpatías por esta actriz, que deseáramos ver aclimatada en nuestra escena.

Llegamos á la Zarzuela, y ¿qué quieres que te diga que tus propios ojos no hayan visto? La Zarzuela vá cada día peor. Pocas y malas obras, poco público y malo también, muchas exigencias de unos y de otros, han traído á este teatro tan afortunado en algún tiempo á una situación que ya es difícil, sino imposible conjurar. Pronto tendremos en él una nueva empresa formada por los mismos actores con elementos útiles y económicos, la cual procurará llamar y entretener á la gente con producciones puramente cómicas y de poco aparato. Si este ensayo no corresponde á los deseos de los aficionados al género, fuerza será convencerse de que este agoniza, y de que el arte ha dicho ya para él su última palabra.

No es mucho más próspera la suerte de los teatros de verso. A pesar de los esfuerzos de Matilde Díez y del innegable talento del Sr. Catalina, como empresario, solo la comedia del Sr. Breton ha obtenido en el Circo un verdadero éxito, y ofrecido algunos resultados positivos. También los está ofreciendo la revista política del Sr. Gutiérrez de Alba, bastante mejor pensada y escrita que la del año anterior, aun después de las modificaciones hechas por la censura. La única esperanza de este teatro es el contar con varias obras nuevas de autores de nota, tales como Rubí, Hurtado,

Núñez de Arce, Coupigni, Fernández González y algún otro, que indudablemente serán dignas de sus autores. En cuanto al Príncipe, aun siendo el más favorecido este año pierde dinero, lo cual se explica por la brillante y numerosa compañía que sostiene, y por los gastos que hace para montar algunos espectáculos, entre ellos el *Julio César* de Ventura de la Vega, que debe representarse muy pronto. Verdad es que tampoco ha sido muy afortunado en los estrenos, pues ni el *Juan Lorenzo*, de García Gutiérrez, tuvo el éxito que se esperaba y que á mi juicio merecía, ni comedias como la de Blasco, á pesar del ingenio que revelan, agradan al público serio y estirado que asiste las primeras noches al antiguo corral de la Pacheca.

—Veo con gusto, querido Emilio, que estamos completamente de acuerdo; el teatro español atraviesa una crisis muy grave, de la cual no puede salir más que regenerado ó muerto.

—No lo creas, chico; el teatro español vivirá mucho tiempo en la agonía, á menos que un genio poderoso, que hoy ni se vislumbra siquiera, llegara á sacarle de su postración; pero en cuanto á su decadencia actual, es hija únicamente de las circunstancias: deja que pase la crisis económica, deja que la confianza renazca, y el público volverá á aplaudir como un inocente las escentricidades de *La cola del diablo*, y las diabluras de *La pata de cabra*.

—Hombre, y del teatro de la Opera, ¿qué me dices?

—Le he reservado de intento para lo último, porque lo que sucede en la ópera es lo último que puede suceder en el seno de una sociedad elegante y civilizada.

—Me han contado algo de eso; me han dicho que allí se silba ya solo por el placer de silbar, y que ante la exageración de la censura desaparecen los motivos de queja que el público de buena fé pudiera abrigar.

—Yo no sé si el público tiene ó no tiene razón; yo no dudo de que allí existan abusos que sea preciso corregir; yo no niego que alguno de los artistas contratados no esté á la altura de su misión; pero, francamente, cuando escucho, y no ya en el paraíso, sino en las butacas, el sonido de los cencerros, el canto del gallo y la algarabía de los pitos, no puedo menos de cubrirme el rostro con las manos, y de insistir en una idea que estos y otros sucesos van arraigando poco á poco en mi espíritu: la de cambiar de patria, sin dejar de ser español; la de pedir carta de naturaleza en el valle de Andorra.

—¡Ay Emilio! Pues si eso dices tú, que no vives más que en el mundo del arte, ¿qué dirías si te asomaras un momento al interior de la política!

Empezaba en esto á anochecer, y Emilio y yo nos separamos: antes de hacerlo, miramos en la calle de Alcalá los carteles de los teatros; el del Príncipe anunciaba una comedia que se titula: *¡Viva la libertad!*

M. del Palacio.

EL SUICIDIO.

Juan acaba de dar un salto colosal sobre su lecho, y aunque ni un ápice influya un salto más ó menos de nuestro héroe en la vacilante marcha de las naciones que van á estrellarse directamente en el escollo del indiferentismo, es de gran importancia para la homogeneidad de mi relato, porque acababa de recordar mil lúgubres visiones que en el descanso de su sueño se le habían presentado evocadas por su imaginación calenturienta con los siniestros resplandores del presidio y de la pena de muerte. Aun creía sentir en sus manos la presión producida por las férreas esposas, y el cansancio consiguiente de un viaje á pie con rumbo al aristocrático Alcalá de Henares.

Por eso Juan, que no había de tener al *minuto* su conciencia, al condensar en su cerebro fatigado los fúnebres detalles de aquella pesadilla, no pudo contener un estremecimiento de su nerviosa naturaleza, haciendo para sí el catálogo siguiente de preguntas:

—¿Será cierto que el peligroso estado de mis negocios mercantiles habrá de conducirme á una fraudulenta bancarrota, teniendo que exhibir mi personalidad, *mi yo* deuda flotante, ante un concurso famélico de hidrófobos acreedores? ¿Habré de cerciorarme, hoy mismo quizá, que el sonrojo de la vergüenza en la frente de un hombre honrado, no hace mella en esos pagarés improtestables de carne y hueso? ¡El sonrojo de la vergüenza! repite con creciente exaltación, saltando de su lecho y paseando precipitadamente en

vistoso *deshabillé* por su dormitorio. Nosotros los hombres de metal nacidos por el dinero y para el dinero, tenemos siempre el corazón saltando en el interior de nuestra caja; para nosotros hay antes de la otra vida mil infiernos y mil paraísos reunidos, siempre palpitando en las eternas fluctuaciones del *Debe* y el *Haber*. ¿Cómo he de conseguir un plazo?

Y con esta y otras lúgubres reflexiones que van acumulando en el horizonte de su porvenir nubes cargadas de desesperación, empieza á vestirse precipitadamente porque las ocho de la mañana acaban de dar en el reloj de una iglesia vecina. Preocupado por sus fatídicos ensueños y por la realidad de su precaria situación, habremos de permitirle ciertas equivocaciones, que siempre padecieron los grandes hombres y los hombres desesperados. Al ponerse una media, la corbata sustituye á la liga, y la liga á la corbata, que se oculta avergonzada de semejante elevación en el cuello de la camisa de nuestro héroe.

Concluye su *toilette* y en vez del sombrero se pone magestuosamente el gorro de dormir, disponiéndose en este cómico traje á marchar al escritorio.

En este momento se presenta en la estancia un segundo personaje que se arroja con muestras de la mayor alegría al cuello de Juan, diciéndole con voz entrecortada por la emoción:

—¿Con que no es un ánima en pena lo que estrechan mis cariñosos brazos? ¿Será cierto que el amigo de mi infancia no pertenece á la región de las sombras? ¿Con que la realidad, no es un cadáver frío, insepulto, tal como la calumnia, con *caracteres sangrientos*, me la había pintado hace un instante? ¡La calumnia! prosigue el reciénvenido, pasando rápidamente del entusiasmo de la alegría á los sollozos del dolor sin dejar intervenir á Juan que le deja estupefacto. La calumnia quería esgrimir sus rastreras armas contra tí, querido amigo; pero no han conseguido tus destructores sus raquíuticos intentos al herirte cobardemente desde la sombra que les rodea. Tu muerte.....

—Alfredo, ¿qué dices? interrumpe al fin Juan, que empieza á comprender el motivo de tanta y tanta exclamación admirativa.

—Hace un instante se me ha dicho que te habías ahorcado esta noche del cordón de la campanilla.

—¡Ahorcado! repite Juan ardiendo su cerebro en los recuerdos del pasado ensueño.

—¡Ahorcado! porque la situación de tus negocios mercantiles te precisaba á suspender hoy mismo el pago de tus débitos. Mas ¿qué veo? grita á toda orquesta de su atiplada voz al reparar en la inocente liga. ¿Con que he llegado en el supremo instante; un minuto más y todo se hubiera realizado?

—No acabo de comprenderte, exclama Juan mirando con recelo á su amigo, el cual en sus chispeantes ojos y en su actitud melodramática, aparentaba hallarse atacado de una locura fulminante.

—¿Y esa denunciadora cuerda que ocultas en el cuello de tu camisa?... y sin más corolarios se arroja al cuello de Juan, el que hace esfuerzos poderosos para librarse de los hercúleos brazos de Alfredo, á quien ha llegado á creer desertor de algún marcomio. Después de una breve lucha, el agresor victorioso muestra la liga, objeto del combate, y con la patética entonación de un dentista que consigue extraer una muela sin llevarse la quijada tras el gatillo, dice á su amigo, atribulado por aquel ataque brusco.

—Héla aquí. Soy tu númen, tu ángel tutelar, tu genio salvador. Un minuto, y estarías en la eternidad colgando á dos palmos del suelo. En premio de mi benéfico proceder, que se vería premiado seguramente si yo lo hiciera público, con una cruz de Beneficencia, voy á exigirte una pequeña cantidad, un insignificante desembolso.

Juan no ha escuchado las últimas palabras de Alfredo: observa detenidamente el instrumento de su presunto suicidio y empieza á dudar de la realidad de su existencia. Corre frenético por el dormitorio golpeándose la frente con desesperación y al fin se detiene delante de un espejo: el gorro de dormir eleva su blanca cúpula sobre sus lívidas facciones y sus ojos estraviados por la duda en que su espíritu batalla; y en esta última prueba llevada á cabo únicamente para adquirir la certidumbre de la realidad de su ser, las palpaciones de su corazón se multiplican con espantosa actividad, su cerebro arde calenturiento y exánime, casi destruido el poderoso aliento de su vitalidad, se deja caer en un sillón, pronunciando con voz entrecortada:

—¡El sueño de una sombra! ¡Muerto! ¡Muerto!

Mas un alfiler que habitaba en la corbata, resentido de la humillacion que ésta padecía, encarna despiadadamente en una pierna de Juan, el cual, sensible á esta *sentida* manifestacion, lleva su mano á la parte dolorida, y al encontrarse con el objeto que motivaba aquel infortunado quid-pro-quo, lanza un grito de alegría que permite soltar á Alfredo una sonora carcajada, comprimida desde el principio de esta escena muda. Este se arroja á los brazos de su amigo, que empieza á suspirar gozoso al verse libre de la segunda parte de su pesadilla, y que le cuenta en breves palabras los pueriles motivos, causa de su desvanecimiento, y la situacion en que se hallaba su capital.

—Hoy mismo he de abonar una respetable suma á un D. Celestino ó D. Diablo, para cuyo pago no cuento con suficientes intereses. Anoche, impresionado por la bancarrota que de minuto en minuto voy considerando más inevitable, me dormí sobresaltado. Hé ahí toda la historia.

—Y yo que esperaba me proporcionases alguna cantidad, le dice Alfredo apesadumbrado. La córte es para mí un hervidero de ingleses, que me acosa y limita el horizonte de mis risueñas esperanzas. Salgo á la calle, y hasta el mozo de cuerda de la esquina me mira amenazador: entro en el Suizo y apuro velozmente la taza de café, porque temo que de un momento á otro surja de ella uno de mis acreedores que me diga con rabia: «¿Con qué derecho se permite Vd. esos placeres? ¿Con el derecho de la estafa? La fuga nivelará todas sus aspiraciones.

—¡Pobre! ¡Deshonrado á los ojos del mundo! exclama Juan abismado en un piélago de sombríos pensamientos, sin escuchar estas palabras. El suicidio ó la estafa: dos caminos que siempre conducirán al mismo fin.

Alfredo escucha este monólogo lleno de amargura: por fin se da un golpe en la frente, cual si una idea luminosa hubiera cruzado por su cerebro. Coje el sombrero de Juan, lo sustituye al gorro, y enlazándole del brazo se lo lleva á su pesar en direccion de la escalera, al par que entona con voz de partiquino el aria del conde de Luna en el *Trovador*.

Al llegar á la puerta de la calle, el rostro de nuestro protagonista se habia metamorfoseado por completo, y escuchaba con marcadas muestras de alegría las palabras de Alfredo, quien con el sombrero calado hasta los ojos y el pañuelo en la boca, procuraba guardar el más rigoroso incógnito por no verse acometido por una trahilla de acreedores.

Pocas horas despues, volvía Juan precipitadamente á su casa, huyendo de D. Celestino y otros acreedores que se habian presentado en el escritorio á exigir el inmediato pago de un crédito. Llega á su cuarto, coloca sobre la mesa de noche una pistola, despues de haberla examinado con atencion, y espera resignado el momento fatal con la sonrisa en los labios.

D. Celestino, míope de vista y de inteligencia, llega pocos momentos despues seguido de Alfredo, transformado como de lance, en acreedor rabioso. Juan saluda á entrambos cortesmente y espera que uno de ellos le dirija la palabra. El nuevo personaje, agente de negocios, é insensible por lo tanto á toda comunicacion de sentimiento, saca un papel de su voluminosa cartera y se lo muestra diciéndole con cómica gravedad.

—Hé aquí el objeto de mi visita.

—Siento en el alma manifestar á Vd. que el estado actual de mis negocios no me permite en este instante.

—Protesta, embargo; gruñe D. Celestino calándose los anteojos.

—Presidio, trabajos forzados, garrote vil; añade gritando Alfredo, al par que saca un número de *La Correspondencia* á guisa de pagaré y se lo presenta á Juan en el colmo del más estudiado furor.

—Señores, únicamente desearia de Vds. un pequeño plazo, dos ó tres dias...

—La moda ha desautorizado ya esos subterfugios, replica D. Celestino levantando la voz al verse apoyado por Alfredo. Dos ó tres dias, y el ferro-carril del Mediterráneo nos deja á los acreedores con un palmo de narices.

—Vuelvo á suplicar á Vds.

—¿Súplicas? papel que no se cotiza, grita el negociante con furor.

—Pueriles estratagemas que no admitimos en pago de cantidades entregadas en oro de buena ley.

—Señores...

—¡Dinero, dinero! clamorea D. Celestino con voz de energúmeno.

—¡Señor! esclama Juan elevando sus ojos al cielo; mis lágrimas no llegan al corazon de estos desalmados: que la sangre que va á derramarse caiga sobre sus cabezas de alcornoque. Y abalanzándose sobre la pistola que habia colocado sobre la mesa, levanta el gatillo y la dispara en su cabeza, derrumbándose sobre el pavimento despues de haber lanzado una mirada moribunda sobre sus acreedores.

El agente y Alfredo se miran estupefactos. Este rompe por fin aquel silencio de muerte, y trémulo, con los ojos estraviados, le dice al primero.

—Usted ha sido el verdadero causante de esa muerte. Aquellas palabras terroríficas pronunciadas por Vd. «Dinero, dinero» han sido una onza de plomo para el cerebro de ese pobre desgraciado. La victima aún se encuentra palpitante; ¿quién ha sido su verdugo? don Celestino. Yo lo entregaré á la vindicta pública.

Y al terminar estas acusadoras palabras que escucha el agente en el colmo del estupor, Alfredo se apodera de su brazo y le obliga á salir del fúnebre dormitorio haciéndole salvar de un salto la distancia que les separaba de la puerta de la calle.

Ya en ella, Alfredo tropieza con un conocido al que le dice con misterio:

—Nuestro amigo Juan ha sido asesinado: silencio.

El agente de negocios que le seguia automáticamente, sin darse cuenta de su situacion, escucha estas palabras y empieza á temblar lleno de espanto, diciéndole al fin á Alfredo.

—¿Me lleva Vd. tan pronto á la cárcel?

—No señor, á la fonda; le responde con severidad.

Y siempre seguido de D. Celestino penetró en el hotel que se hallaba más próximo.

Aquella misma noche, se leia en un periódico de noticias el lacónico suelto siguiente:

«Una lamentable desgracia tenemos que comunicar á nuestros lectores. El simpático banquero D. Juan N. ha sido asesinado esta tarde en su misma casa. Competentemente autorizados, podemos asegurar que la justicia sigue la pista á los criminales.»

Alfredo y D. Celestino, que aún seguian en la fonda, comiendo el primero, silencioso desde que entró, y el segundo contemplando con angustia los movimientos de su compañero, al leer este párrafo se contemplaron por unos instantes.

—¿Persiste Vd. en la idea de entregarme, Sr. Alfredo? le dice al cabo el agente con timidez, acercándose á su oido.

—Hombre, no; he cambiado de opinion, al menos por ahora. La huida es inevitable y á las ocho sale el correo, D. Celestino.

—¡Partamos!

—Ahora mismo. Yo acompañaré á Vd. hasta la frontera ó quizá un poco más lejos. De esta suerte, el autor no podrá ser habido, porque el telégrafo...

—Deme Vd. un abrazo de eterna gratitud, amigo del alma, le responde el agente conmovido.

—Pero ¿y mi cartera? grita de repente Alfredo, buscándola por los bolsillos del gaban con sobresalto. Es ya imposible nuestra marcha. Cuarenta mil reales contenia, que estarán á esta fecha en poder de la justicia, pues seguramente me la he dejado en aquella fatal casa.

—Sí, sí, dice D. Celestino lleno de temor.

—Y volver á aquella casa es lo mismo que entregarse, continúa reflexivo.

—Nunca, nunca, esclama azorado el agente. Tengo dinero para Vd... en marcha.

—Parece Vd. un hombre honrado, le dice Alfredo con sonrisa burlona, dándole un golpecito en la espalda.

—Puedo jurar por la salvacion de mi alma, que es el primer asesinato que he cometido en mi vida. Más partamos.

Y media hora despues abandonaban la córte, llevados en alas de cuatro caballos alazanes.

Han trascurrido dos meses de los sucesos que acabamos de relatar. Alfredo, á quien D. Celestino ha querido pagar espléndidamente su criminal silencio, habita con él en un lujoso restaurant de la ciudad de Londres.

Es la hora del almuerzo, y entrambos consócios se hallan frente á frente devorando un gran trozo de *beafte* que sazonan con repetidas libaciones. De pronto los ojos del agente se dilatan, y parece van á salir-

se de sus reducidas órbitas: su rostro verdi-negro se torna paulatinamente en livido, y con pulso convulsivo se apodera de una carta que se encuentra sobre la mesa. Alfredo reconoce la letra del sobrescrito, y quiere apoderarse de ella con la rapidez del rayo; pero ya era tarde, el agente de negocios rompe con precipitacion el lema y lee lo que sigue:

—«Amigo Alfredo: gracias á tu ingeniosa treta, hoy puedo respirar con libertad: he pagado religiosamente á todos mis acreedores, y es adjunta una letra á favor de D. Celestino, tu conhuésped, única persona que habrá de lastimarse con sobrado motivo de mi comportamiento poco generoso. Hoy ya me pesa haber seguido tus consejos, más el corazon humano es muy egoísta: ví en ellos el remedio y seguí tus inspiraciones. Más confiesa francamente que aquella inoble farsa en la que tú, su amigo, figurabas el papel de furibundo acreedor, para exaltar la bilis del agente-victima, y justificar de esta suerte á sus ojos mi presunto suicidio llevado á cabo con un arma de fuego, únicamente cargada con pólvora, y el hacerle creer, valiéndose de especiosos argumentos, que él habia sido el fautor para que huyera, consiguiendo yo de esta suerte un plazo forzoso, confiesa, amigo mio, que es una trama diabólica é indigna de un corazon honrado. No prosigas por esa senda, cuyo primer tropiezo es una cárcel, y cuya resbaladiza pendiente conduce, por lo regular, á la ignominia de un patíbulo. Sigue mis consejos, ya que por desgracia he de arrepentirme de haber seguido los tuyos.—Juan.»

P. D. La cantidad que figura en la adjunta libranza escede en mil libras esterlinas al débito que tenia pendiente con D. Celestino: una tercera parte es el interés, que en conciencia, creo ha redituado su pagaré desde la época de su vencimiento; la diferencia para que se reintegre de los gastos de viaje, hecho por mi causa, sobresaltos, abono de tiempo perdido y otras pequeñeces, debiendo entregarte quinientas libras, cuyo pequeño capital, aumentado por medios legítimos, podrá servirte para purificar tu nombre al lado de tu amigo que te quiere.

D. Celestino que habia empezado por mascar el contenido de esta epístola, terminó diciendo al par que se limpiaba las lágrimas que caian por sus mejillas:

—Nunca habia dudado de la lealtad de D. Juan, y perdono la farsa en que me ha hecho Vd. su juguete. Mañana salgo para Madrid.

—¡Consejos! esclama Alfredo pensativo sin oír las palabras del agente que se ha levantado de la mesa y se dispone para marchar hácia la calle. ¡Oh! la amistad, palabra vana, oropel; mas cobremos los quinientos del pico.

Y sale tras del agente, el que le abandonó á las pocas horas, despues de haberle entregado la cantidad íntegra, regalo de su amigo.

¿Creen mis lectores que Alfredo sigue al pié de la letra los consejos de su amigo? Hace muchos años que vive en Inglaterra, y probablemente seguirá allí toda la vida, haciendo perder tiempo y dinero á los hijos de Albion, ingleses, dos veces ingleses para él; porque árbol que crece torcido nunca su tronco endereza.

F. MUÑOZ Y RUIZ.

UNO DE TANTOS.

(ROMANCE).

I.

Un retrato mis pinceles pretenden hacer, completo, para lo cual, indulgencia voy á pedir primeramente. Si sale de brocha gorda pensad que fué mi deseo que saliese la *pintura* digna del mejor maestro. Ya comprendereis, lectores, que soy un mucho inmodesto pues que al hablar á lo artista lo hice con poco respeto. Yo que en mi vida he *pintado*, hoy en pintaros me empeño un croquis, una aleluya, ó si quereis, un boceto; sin recurrir, lo aseguro,



LA FIESTA DE NAVIDAD LOS TIEMPOS ANTIGUOS.

al chistosísimo medio
de aquel pintor Orbaneja
de inolvidable recuerdo.

II.

Allá va, pues, de mi asunto
el emborronado lienzo:
representa un aristócrata
que desciende de... su abuelo.
—Nació, no se sabe dónde,
vino á Madrid, córte y centro
de los que buscan fortuna,
de los que viven del juego,
de los que á caza de gangas
y á caza de algun empleo
y á caza de algun bolsillo
andan que beben los vientos:
vino á Madrid, gran Bohemia
donde el que más y el que ménos,
ó consigue una prebenda
ó visita el Saladero.
Ya en la córte nuestro héroe,
dióse á buscar con ingenio
nueso pan de cada dia,
que ante todo es lo primero.
El mozalvete fué listo,
tuvo suerte, ó tuvo acierto,
y en un gran coche de escudo
logró ocupar alto puesto.
Mercurio fué muchas veces,
corre, vé, y dile y tercero
de sus opulentas amas
y de sus amos egregios.
Esto, unido á su figura,
á su descaro y sus medros,
bastaron para elevarle
á algunas varas del suelo.
Quiero decir que la fusta
dejó al fin de ser su cetro
y de estúpido criado
pasó á marqués del Ciruelo.

III.

Ya van pasados seis años
y nuestro auriga de marras
embutido en su berlina
corre por la Castellana:
que va en berlina no sabe
él que comiera patatas
y vino desde su tierra
con un caudal de... esperanzas;
rico veguero en su boca
arde, en tanto que su alma
há tiempo que el fiero vicio
la tiene muy apagada.
Rica cadena de oro
sobre el pecho se destaca
y colosales sortijas
ostenta con petulancia.
A su lado, cual *pendánt*,
y algun tanto reclinada,
el filon va de su mina
ó más claro, va su dama.
Y así juntitos recorren
de la villa coronada
todos los paseos públicos,
todas las calles privadas.
En los toros tienen palco,
en el Real palco gastan,
en los Circos, en Rossini
y allí donde palcos haya.
Allí do el público acude,
do pueden lucir sus galas
y su inaudito descaro
y su impudencia y sus gracias,
allí donde ellos comprenden
que hay exhibicion, se lanzan
ofuscando con su brillo
á unos cuantos papanatas.
El juega, derrocha, triunfa;
ella diz no le va en zaga,
y los dos en torpe orgia
sumen el cuerpo y el alma...
¿Qué importa si tienen oro
y son de la aristocracia,
y á una turba de farsantes
llenan, pródigos, la panza?
¿Qué importa que den al mundo,
con su orgullo é ignorancia,

el ejemplo más villano
y la leccion más nefanda?
¿Qué importa, si, el *qué dirán*
mientras las rentas no faltan
y sigue siendo el dinero
la poderosa palanca?

IV.

¡En tanto que las costumbres
de esa sociedad tan alta
dejen de ser tan impuras,
tan hipócritas y falsas,
viles ejemplos veremos
como el que aqui se retrata,
viles ejemplos que el bueno
con indignacion rechaza!

PEDRO FRANCISCO REYMUNDO.

COSTUMBRES INGLESA.

LOS BOXEADORES.

Inglaterra, ese país clásico de la justicia y de las buenas costumbres, que tiene en su seno sociedades protectoras de los animales, y que se escandaliza á la idea de nuestras corridas de toros, ofrece al curioso y al observador estraños contrastes, dignos de ser estudiados y referidos.

En efecto, nadie puede negar al pueblo inglés la gravedad y aplomo que se revelan en todos sus actos, hasta en aquellos que debian serle mas familiares, y sin embargo, Inglaterra es el país de los boxeadores, y en él se consienten escenas como la que representa nuestro primer grabado.

La lucha de los boxeadores continúa siempre en uso en Inglaterra, pero es justo reconocer que nunca ha sido legalmente tolerada.

Los boxeadores Jak Rooke, de Birmingan y Tomokelly han comparecido últimamente ante el jurado de instruccion, como acusados de perturbadores del orden público (*commiteed á breach of the peace*), disputándose un premio de esta clase de luchas. La causa ha sido elevada al Tribunal Superior, despues de haber prestado cada uno la fianza ó caucion de veinte libras (1,920 rs.)

La ley inglesa permite cambiar algunos puñetazos entre los que se dedican á esta clase de luchas, siempre que los boxeadores lleven guantes (*mittens*); tampoco se preocupa porque de sus resultas quede algun individuo tuerto ó con algunos dientes de menos, y los aficionados pueden entregarse tranquilamente á su diversion favorita, sin que nadie les inquiete, asistiendo por las noches á la taberna denominada *Cabeza de las Reynas* (*Queen's Head Tavern*), Windmill Street.

Los sábados y los lúnes en la taberna de Jane Shore, el señor Orme, persona muy respetada, preside las luchas de boxeadores; y finalmente, en la taberna del Sol y en la de los Trece Cantones (*The Sun and Thirteen Cantons*) situadas en *Castle street* y *Leicester square*, el Sr. Bob-Traver, dá lecciones públicas y particulares.

Pero si se trata de un combate sério, en el cual puede verse comprometida la existencia de los combatientes, entonces la policía británica procura evitarlo á toda costa, lo cual no impide que los periódicos especiales, y principalmente el que tiene por título *Bellis life in London* anuncien con la mayor audacia los desafíos con la cifra de las apuestas hechas por tal ó cual campeón.

Las provocaciones se escriben generalmente en una lengua mezclada de *Slang*, que viene á ser como el *argot* francés ó como el *caló* de nuestros gitanos.

El campo elegido para estas luchas es generalmente un sitio desierto. El círculo (*The-ring*) se forma con una cuerda ó maroma de cáñamo bastante gruesa. Los boxeadores entran con sus padrinos en este círculo, y estos últimos son los encargados de prestar socorro si es necesario, de hacer beber á los boxeadores de tiempo en tiempo algunas pociones cordiales, atajar la sangre que corra de las heridas, etc., etc. Los curiosos y los aficionados se colocan alrededor del círculo, como pueden y donde pueden, y el combate empieza.

Explicando yo un dia á un inglés todo el horror que me causaban estas escenas de pugilato, —«Es porque vos no veis, me contestó, mas que imágenes aterradoras, huesos fracturados, ojos saltando de sus órbitas, mandíbulas hechas pedazos; pero no contais por nada la impresion moral que produce el ver reunidas la

fuerza y la destreza, el valor y la presencia de espíritu, el estoicismo, en fin, para los dolores físicos. Además nuestros campeones saben parar los golpes y es muy difícil que lleguen á recibir lesiones de carácter mortal, y muy raro que queden ni aun señalados ó con cicatrices. Sus huesos son tan sólidos que resisten el choque de golpes tan terribles, que el más débil reduciria á cenizas á cualquiera de nosotros. Sin ir mas lejos, hace ocho dias, Joye, que es un verdadero Hércules, ha sacudido veinte puñetazos sobre la frente de Monnox, todos en el mismo sitio, como un martillo sobre el yunque de una frágua, y Monnox se encuentra bueno, sano y dispuesto á tomar su revancha tan luego como se le presente una ocasion. Desengañaos; nuestros boxeadores se asemejan mucho á las fragatas blindadas.»

El *boxe* tiene su vocabulario especial. Un combate se llama un *mill*; una lucha brillante á *rattling mill*; cada pase un *round*. Un *mill* puede componerse de cuarenta *rounds* y dura próximamente una hora.

Muchas veces, y en lo mas animado de la lucha, suele oírse una voz que grita: *¡Los azules!* Son los agentes de policía que aparecen por cualquier lado de la llanura, y entonces, combatientes, padrinos, curiosos y aficionados, emprenden precipitadamente la fuga para ir en busca de otro sitio donde pueda continuar la lucha sin temor de ser incomodados.—B.

PARA UN ÁLBUM.

Una rosa he hallado en mi camino
y de la vida errante pasajero,
como impulsado por feliz destino,
de la rosa ante el cáliz purpurino,
me detuve en el medio del sendero.

No ví más bella flor desde que existo,
nunca aspiré tan celestial aroma,
¡ay! desde que la he visto
siento que de la vida en los albores
pueda el placer ocasionar dolores.

¿Qué más puedo decir para probarte
que á la rosa pudiera compararte?
No diré que la flor sea más bella,
más diré... ¡que te llamas como ella!

EUSEBIO BLASCO.

LA NAVIDAD EN LOS TIEMPOS ANTIGUOS.

La Navidad es y ha sido siempre la fiesta cristiana por excelencia: en las edades primitivas se confundia con la Epifania, hasta que San Cirilo de Jerusalem fué el primero que reclamó se hiciese cesar semejante confusion. El Papa Julio I, que ocupó el trono pontificio desde el año 337 al 352, abrió una informacion para averiguar la fecha exacta del nacimiento de Nuestro Señor Jesucristo; hizo practicar minuciosas pesquisas, y finalmente, proclamó la fecha del 25 de diciembre, como la más exacta y verdadera. Además, una homilia de San Juan Crisóstomo nos afirma, que en al año 377 los habitantes de Antioquía empezaron á distinguir la Natividad de la Epifania, y que imitaron en esto á la iglesia de Occidente. Así, pues, van trascurridos precisamente mil y quinientos años, en que la fiesta de Navidad se celebra con un celo enteramente especial y una magnificencia incomparable, pero las ceremonias religiosas, las diversiones gastronómicas, los ejercicios piadosos y las alegres veladas que hoy la acompañan, están muy lejos de haber conservado el carácter grandioso de que la Edad media las habia revestido.

El 25 de diciembre se decian tres misas: la primera á las doce de la noche, la segunda al romper el alba y la tercera por la mañana temprano, y para cada una de estas tres misas el santuario cambiaba completamente de decoracion y de adorno. De una montaña facticia, que en nuestros dias llamariamos practicable, descendian los reyes magos con su acompañamiento de pajes y escuderos, en tanto que los pastores avanzaban modestamente por lo que figuraba el valle. En una de las capillas de la iglesia, trasformada momentáneamente en establo, la sagrada familia entre la mulita y el buey, recibia los magníficos presentes de los monarcas y las humildes ofrendas de los pastores. Ge-

AUDUZE.

Sobre una de las pendientes de las Cévennes, tan célebres en la historia por las luchas heroicas que en ellas tuvieron lugar despues de la revocacion del edicto de Nantes, se eleva la villa de Auduze, cabeza de partido del departamento de Gard, en la provincia de Alais.

Su poblacion es de 5.203 habitantes, y su pintoresca posicion la da un aspecto de los más agradables. El Gard ó Gardon que corre á sus piés, tiene por dique una preciosa terraza que forma muelle y paseo á la vez.

Si Auduze, como cabeza de partido, no posee en el órden civil más que un tribunal de paz, su importancia comercial la ha colocado en el rango de muchas de las más importantes capitales de Francia.

Aduze tiene su tribunal de comercio, un consejo de prud'hommes, un consistorio, una brigada de gendarmeria, etc., etc.

Se cultiva con gran esmero la morera, y por consecuencia el gusano de seda, que es uno de los ramos más importantes de su riqueza. Hay igualmente fábricas de tejidos de muleton, de sombreros, de cola fuerte, de alfarería, calderería y de papel.

Los granos, las bestias de todas clases, las sedas y los paños, son en Auduze el objeto de un comercio importante.

El bonito punto de vista que representa nuestro grabado de cabecera, conduce desde un ángulo de la poblacion al camino de Alais.

MARINA.

RECUERDOS DE LA VIDA DE ARTISTA EN ROMA.

(Continuacion.)

Habia en la quinta de mi padre una galería que daba al golfo, y en cada una de las arcadas de mármol que la sostenian, una estatua. Yo amaba á una de esas estatuas como una amiga; era, despues lo he sabido, una reproduccion de esta *Diana* que os he hecho notar antes: y pasaba frecuentemente las horas en observar sus formas tan puras y nobles, que cambiaban de tono y de aspecto segun la hora del dia y la altura del sol. Por la mañana estaba fresca y sonrosada como una flor en primavera; á mediodia se destacaba poderosa y radiante sobre la superficie vertical del mar como sobre un fondo de moaré azul, y yo aun creo ver la caliente blancura del mármol, sus sombras doradas y transparentes, y los tibios reflejos en los pliegues profundos de su ropaje. mas tarde, los rayos encendidos de la tarde parecian animarla y comunicarle la vida. El azul de las oscuras olas hacia resaltar mas la maravillosa silueta de la diosa, y transportada de admiracion, yo exclamaba:—«¡Oh! ¡cuán bella eres!...» Ella era para mí como una hermana mayor, á la cual hubiera querido parecerme; pero, cuando llegaba el crepúsculo, todo se deshacia en la sombra. La claridad se alejaba poco á poco, de modo que no iluminaba más que algunas nubes perdidas en lo alto de los cielos. Mi estatua se volvia blanca como la nieve con algunos reflejos grises y oscuros: adquiria la palidez de la muerte, y por la noche no era otra cosa que un livido fantasma. La vida se escapaba con la luz. Entonces yo tenia miedo y huía.

Marina se detuvo un momento: cuando volvió á continuar su relato, su mirada fija y brillante parecia animada de un fuego sibilítico, como si esas grandes figuras de las cuales hablaba hubiesen desfilado delante de ella, y esta vista, penetrando su alma del sentimiento de la belleza antigua, hubiese ennoblecido sus ideas y su lenguaje.

—Desde esta época, yo he amado siempre las estatuas, no colocadas en órden debajo de las frias bóvedas de un museo como soldados en formacion, sino en los jardines, á la sombra de los plátanos, junto á los templos, cerca de las aguas, y sobre todo, siempre debajo del cielo. Su blancura virginal me representa la pureza de las diosas, y su noble serenidad me hace pensar en la existencia feliz de los seres inmateriales. Cuando contemplamos su belleza inalterable á los rayos de ese mismo sol que les vió salir espléndidos de su bloque de Paros hace dos mil años, sueño en la eternal juventud de los Olímpicos. La idea de una vida indestructible se apodera de mí, y me llevo á creer que no moriré nunca. La pintura seduce un momento

por la grosera mágia de los colores; el mármol no tiene otro medio para hacer sensible la idea que su soberbia desnudez. Un cuadro representa los hombres de un tiempo ó de un país, sus costumbres, sus viviendas, sus rasgos característicos, todo lo que marca sus relaciones con la tierra y todo lo que pasa: la estatua es la imágen del hombre ideal que no está unido por nada á una raza ó á una época: es el tipo de la humanidad libre de lo accidente; es la belleza pura, la misma perfeccion encarnada en la piedra.... Pero.... ¿no es verdad que estoy loca? nos dijo interrumpiéndose de pronto.

La lengua italiana, más sencilla y ménos clásica que la francesa, prestaba á su palabra, vibrante de entusiasmo, una fuerza que no me es posible dar, pero que nos conmovió á pesar nuestro.

Marina dejó caer su cabeza en la palma de la mano. La tarde iba desapareciendo, y yo ví la primera estrella reflejarse en sus húmedos ojos. Lo mismo que en Tivoli, de la contemplacion de lo bello que la elevaba por encima de su destino, descendia en presencia de su condicion tan triste y tan precaria.

—Os dejo y no debeis acompañarme, nos dijo.

Y bajó rápidamente la colina. Yo dejé á Roma al dia siguiente. Cuando despues he pensado en esta mujer singular, me ha parecido siempre haber encontrado alguna hija de la Grecia, sencillamente apasionada de lo bello de la naturaleza; y respecto del arte, dotada de ese sentimiento de la forma que se encuentra entre los mas humildes hijos del Atico: entonces comprendí cómo un gusto depurado puede ser una semi-virtud.

Las noticias que he tenido despues de la suerte del modelo, las he sabido por las cartas que me dirigió mi compañero de viaje, que permaneció aun muchos meses en Roma. Hé aquí algunos extractos de estas cartas:

OLEVANO 8 de Noviembre de 1845.

....Es preciso que te cuente ahora como he encontrado á Walther. Ya te he dicho que se habia vuelto mas raro que antes; no se le veia nunca en el café *Greco*; vivia retirado, y evitaba el reunirse con todos sus amigos. Yo iba á buscarle no hace mucho tiempo, cuando supe que hace pocos dias habia salido de Roma en direccion á Tivoli con Marina, con la cual se creia que se habia casado. Walther habia vendido su cuadro *La Desposada de Corinto*, del cual, segun me habia dicho, no se separaría jamás. ¿Qué supones tú de esto? ¿Que ha tenido un gran necesidad de dinero, ó que siendo en adelante feliz con el original no ha echado de menos la copia? Tengo deseos de volverle á ver, tanto, que he ido á Tivoli á preguntar por él al *Hotel de la Sibila*. Allí me dijeron que efectivamente habia estado; pero la llegada de algunos viajeros le habia enfurecido, y habia salido para Subiaco, acompañado siempre de Marina. Subiaco está nueve horas mas adelante, en las montañas, hácia el Sudeste, cerca de la frontera del reino de Nápoles. Yo he hecho la correría á pié en un dia admirable. El camino lleva la misma direccion que el Teverone. Este camino está bastante desierto, y los raros habitantes del país que se encuentran tienen un carácter muy particular. No así las jóvenes de la aldeade la Cervara, que descenden del nido de águila, que habitan en lo alto de las rocas, para ir á buscar el agua de las fuentes en sus vasos de cobre de formas etruscas, que son lo mas gracioso que he visto.

Dicese que sus antepasados se refugiaron en otro tiempo en estas elevadas cimas para escapar del yugo de los sarracenos; pero por otra parte se añade que algunos moros se fijaron allí. Aunque esto parezca poco probable, se inclina uno á creerlo al ver el tipo oriental de estas jóvenes. Sus maneras hacen pensar en las mujeres de Judea sacando agua de la cisterna de Rebecca. Una de ellas me ha dado de beber y se ha negado á aceptar la gratificacion que le ofrecia á pesar de su estremada miseria: ¡raro desinterés en tierra de iglesia! Verdad es que no hay en estas áridas rocas ni extranjeros ni conventos. En este tiempo aun se conservan las laderas de las montañas pintadas de verde á causa de la maleza de boj que las cubre. En Subiaco tampoco he encontrado á mis fugitivos: habian salido para Olevano el mismo dia que llegaba uno de sus amigos pintores, el cual iba á copiar la capilla del claustro de San Benito.

(Se concluirá.)

Editor responsable, P. A. LAMARTINIERE.

MADRID: 1866.—Imprenta de R. LABAJOS, Cabeza, 42, principal.

neralmente, cuatro individuos caprichosamente disfrazados representaban la mula, el buey, el gallo y el cordero, permaneciendo inmóviles al pié del altar hasta el momento oportuno.

—*Puer natus est nobis*, cantaba el gallo.

—*¿Ubi?* preguntaba el buey.

—*Bethlehem*, respondió el cordero.

—*Adeamus*.

En muchísimas diócesis, el simulacro del establo se hallaba dispuesto detrás del altar, por encima del cual y despues de cantarse el *Te Deum*, un niño vestido de ángel y metiéndose en una blanca nube, se aparecia á los fieles anunciándoles el nacimiento del Mesías. Entonces la procesion de los pastores desfilaba por el coro salmodiando el versículo *Pax in terris*, despues de saludar á la Virgen y adorar al Niño. Terminada la misa, el oficiante decia en latin:—«¡Oh, pastores! Id á contar lo que habeis visto. ¡Anunciad á la tierra que se os ha aparecido!» Los pastores respondian... «¡Hemos visto un Niño, y este Niño es el Hijo de Dios!» Inmediatamente cantaban el *Benedicamus* y *El Ecce completa fuit*, abandonando en seguida la iglesia.

Estas ceremonias tenian en movimiento á toda la poblacion, que de antemano se preparaba para soportar las fatigas de una noche en vela y en continua broma, antes y despues de la colacion ó cena, ¡pero, cuánto ha degenerado todo esto! Las cenas de la feudalidad, en semejante noche, eran verdaderos festines homéricos, siendo tambien al propio tiempo el preludio de grandes y magnificas cacerías. En estas no se contentaban los cazadores con aprisionar el puerco vulgar, domesticado mas tarde por las modificaciones seculares, sino que perseguian en el fondo de los bosques al oso y al javalí; luchaban con ellos cuerpo á cuerpo, y hacian luego su entrada triunfal en la ciudad al son de trompetas, flautas y otros instrumentos por el estilo.

La época de la Navidad coincidia tambien con la de las saturnales romanas, cuya celebracion no fué trasladada á otro mes sino mucho más tarde: igualmente celebraban sus fiestas los druidas por la misma época, y en el intermedio de festin á festin, discurren por las calles las más graciosas mascaradas: hombres con cabeza de liebre ó de pájaro, tarascas monstruosas, dragones alados, etc., etc.

De aquella época proviene igualmente los *aguinaldos*. Los peregrinos, mendigos, viajeros y menestralles ambulantes que en la referida noche llegaban á la puerta de una casa pidiendo hospitalidad, llamaban *aguinaldos* á los obsequios y dones que recibian. En muchos puntos se organizaban sociedades encargadas de demandar socorros para los pobres, y los miembros que las componian se llamaban *aguinalderos*. En nuestros dias se conserva aún la costumbre de pedir los *aguinaldos*, pero como todo ha degenerado, no son solo los verdaderos pobres y los necesitados los que le presentan á exigirnos esta contribucion casi forzosa, sino que tambien se permiten semejante esceso muchos que son tal vez mas ricos que nosotros, y que vienen á solicitar nuestra limosna y á explotar nuestra caridad cristiana para satisfacer sus vicios; pero en semejantes dias, ¿quién puede dispensarse de ser caritativo y generoso, cuando se celebra el aniversario del nacimiento de aquel que descendió á la tierra para redimirnos del pecado y nos trajo una religion de caridad, de amor y de consuelo?—B.

TU NOMBRE.

Ese nombre que forman las estrellas,
que contemplo en la luna plateada,
y que de abril en las mañanas bellas
murmura alegre el ave enamorada.
Ese nombre que se oye por los vientos
con plácido rumor,
y que el jardín repite en sus acentos,
¡es el tuyo, Señor!

Esa voz que se escucha por do quiera
al despuntar la cándida mañana,
que se escucha en la brisa placentera
cuando llena de aroma vuela ufana...
Ese nombre que en suave melodía
gorgea el ruiseñor,
y repite tambien el arpa mia,
¡es el tuyo, Señor!

Madrid, 1865.

ERNESTO GARCIA LADEVESE.

LORD JOHN RUSSELL.

En uno de nuestros números anteriores dimos el retrato de lord Palmerston, acompañado de algunos apuntes necrológicos sobre aquel eminente hombre de Estado, cuya reciente pérdida aún llora la Inglaterra. Natural es que hoy demos á conocer el retrato de su sucesor, y también le consagremos algunas líneas.

Lord John Russell, hoy jefe del gabinete británico, nació en Londres el 18 de agosto de 1792. Es el tercer

hijo del duque de Bedford, y su familia una de las más ilustres de Inglaterra. Hizo sus estudios en la universidad de Edimburgo, y al llegar á la mayor edad entró en la vida política como diputado de Tavistok. Habiendo sido constantemente uno de los jefes del partido *whig*, lord Russell ha formado siempre parte de todos los gabinetes compuestos por esta influencia.

El noble lord ha casado dos veces: la primera en 1835 con la viuda de lord Ribblesdale, y 1841 con una hija de lord Minto. De ninguno de estos matrimonios han quedado hijos. A su bien cortada pluma se deben muchas obras históricas y políticas. Un curioso

episodio de su juventud, es que deseando viajar por Europa, no le fué posible visitar mas que España, porque todas las demás partes del continente se hallaban bajo el poder ó la dominación de Napoleon I, y el bloqueo continental se aplicaba también al joven Russell. De regreso á Inglaterra, el futuro hombre de Estado se creyó poeta y autor dramático; en su consecuencia escribió e hizo representar un drama que alcanzó por todo éxito una terrible silba.... Felicitamos á la política británica, que indudablemente por efecto de este desastre ganó un ministro tan justamente célebre, tan querido y tan respetado.



LORD JOHN RUSSELL.